

«EL AMOR DE COMPARTIR Y EL COMPARTIR EL AMOR»¹ .

Trabajar juntos como signo cisterciense de Esperanza en la Iglesia y en el mundo actual.

*« Ninguno de nosotros vive para sí mismo,
y ninguno muere para sí mismo.
Si vivimos, vivimos para el Señor,
si morimos, morimos para el Señor,
así que ya vivamos ya muramos,
somos del Señor. »
(Rom 14, 7-8)*

Hermanos y hermanas

Recientemente leí la reseña de Emilia Jamroziak sobre la historia de la Orden. Lo que más me llamó la atención fue su conclusión: «*La capacidad de adaptarse y responder a estas condiciones sociales y económicas tan diferentes es lo que ha hecho tan exitosos a los cistercienses*». ² Yo mismo lo veo y lo experimento una y otra vez durante mis visitas a nuestras comunidades en todo el mundo; en muchos monasterios, la capacidad de adaptación es realmente notable.

Algunos pueden fruncir el ceño ante la palabra «adaptación» o incluso contener la respiración. Sin embargo, me gustaría recordar las palabras del recientemente fallecido profesor David N. Bell (1943-2025): «*La adaptación no es necesariamente decadencia, aunque si los morbosos desean buscar ejemplos de decadencia, sin duda los encontrarán*». ³

Hoy, sin embargo, no quiero centrarme en la adaptabilidad, sino en otro signo de Esperanza que, especialmente en nuestra época, plantea un reto claro a la forma en que vivimos nuestro carisma cisterciense tanto en la Iglesia como en el mundo. Este signo de Esperanza exige a menudo un espíritu de flexibilidad, no solo por parte de los monjes y monjas, sino también de los superiores, las comunidades, las Reuniones Regionales, el abad general e incluso el Capítulo General.

Me refiero a la colaboración como signo de Esperanza. Cuando hablo de ello como signo de Esperanza en nuestra Iglesia y en nuestro mundo profundamente polarizados, lo hago porque la tendencia de las personas y las comunidades a encerrarse en sí mismas y aislarse es muy frecuente. ⁴ Estoy

¹ Baldwin of Ford, *Spiritual Tractates*, volume two, Cistercian Fathers Series, 41, Kalamazoo, 1986, p. 165.

² E. Jamroziak, *La orden cisterciense en la Europa medieval. 1090-1500*. Routledge, 2013.

³ David Bell, *Printed books in English Cistercian Monasteries*, Cîteaux: *Commentarii Cistercienses* 53 (2002) p. 138.

⁴ Para una descripción detallada de esta realidad, véase el Papa Francisco, *Fratelli tutti*, 9-55.

profundamente convencido de que solo a través de una colaboración auténtica toda nuestra Orden podrá responder de manera significativa a las realidades que enfrentamos hoy. Al hacerlo, no solo seremos capaces de profundizar en el vivir nuestra vocación, sino también de convertirnos en un signo visible de Esperanza, tanto dentro de la Iglesia, en nuestra propia Orden, como en la sociedad en general. Como escribió el Papa Francisco en *Fratelli tutti*: « Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos. ⁵ »

En esta conferencia inaugural, me gustaría mostrar que la colaboración es el signo cisterciense de Esperanza para nuestro tiempo y que la celebración del Capítulo General es una excelente oportunidad para hacer visible esta Esperanza.

¿Está enferma o en crisis la Orden?

Durante mis viajes y visitas a diversas comunidades, encuentro con frecuencia hermanos y hermanas que me preguntan sobre el estado de la Orden. Preguntas como: ¿Está desapareciendo la Orden? ¿Está en crisis? ¿Está enferma? ¿Hacia dónde se dirige? Cuando les pregunto por qué piensan así, a menudo escucho respuestas como que en muchos lugares ya casi no hay vocaciones, que se cierran más monasterios, que muchos hermanos y hermanas abandonan la Orden y que hay numerosos escándalos. Aunque estas preguntas y preocupaciones pueden estar justificadas, me cuesta aceptar esta actitud. No porque quiera negar la realidad, sino precisamente porque esta forma de pensar deja claro por qué la Orden está en crisis y por qué está enferma.

Los hermanos y hermanas que piensan así, y sí, hay algunos aquí en esta sala, se acercan a la Orden como si ellos mismos no formaran parte de ella. Se sitúan a una distancia cómoda, desde la que juzgan críticamente a la Orden, a otras comunidades, a los demás o a monjes y monjas concretos, sin implicarse. La situación se vuelve aún más dolorosa cuando se empieza a señalar con el dedo. Parece como si todas las dificultades se encontraran exclusivamente fuera de la propia comunidad o de la propia vida monástica y personal.

Lo que más me molesta de esta forma de pensar es que la gente siempre culpa a los demás y se olvida de mirarse a sí misma con ojo crítico. Al hacerlo, se colocan por encima de los demás. Esa actitud no tiene cabida en una comunidad cristiana. El Papa Francisco nos lo ha recordado muchas veces: cuando señalamos con el dedo a otra persona, tres dedos nos señalan a nosotros mismos. Las Sagradas Escrituras nos exhortan a «*considerar a los*

⁵ Papa Francisco, *Fratelli tutti*, 8.

demás mejores que nosotros mismos» (6). En el capítulo 72 de la Regla, san Benito subraya el buen celo que debe caracterizarnos: «*adelántense para honrarse unos a otros (Rm 12,10); tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto físicas como morales; obedézcanse unos a otros a porfía; nadie busque lo que le parezca útil para sí, sino más bien para los otros; practiquen la caridad fraterna castamente*».7

A la luz de esto, las palabras de san Pablo son aún más impactantes: «*si un miembro sufre, todos sufren con él.*»8 Los hermanos y hermanas que razonan así no se dan cuenta de que forman parte de ese único Cuerpo que es la Iglesia, al que también pertenece la Orden, al que pertenece cada comunidad, cada monje o monja individual. Por eso es valioso citar aquí íntegramente las palabras de san Pablo: «*... y los miembros del Cuerpo, a pesar de ser muchos, no son más que un solo Cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo Cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el Cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, no formo parte del Cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del Cuerpo? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no formo parte del Cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del Cuerpo? Si el Cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído?; si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el Cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el Cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el Cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito». Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios.*»9

Todos formamos parte del mismo Cuerpo, ya sea la Orden en su conjunto, nuestra propia comunidad o cada uno de nosotros individualmente. ¿Cómo puedo situarme fuera de eso y pensar que soy más que otra persona? ¿Cómo puedo afirmar que no necesito a los demás o decir que no quiero tener nada que ver con ellos? ¿No es precisamente esa la actitud del fariseo en el templo, mientras que Jesús y san Benito nos llaman a seguir la humildad del recaudador de impuestos?

Sí, creo sinceramente que la Orden está enferma y que todas las comunidades padecen esta enfermedad. Sí, estoy convencido de que todos nosotros, y yo el primero, estamos afectados por esta enfermedad. ¡Afortunadamente! Porque Jesús no vino para los sanos ni para los justos, sino para los enfermos y los pecadores que necesitan un médico.10 El problema que padecemos gira en torno a juzgarnos y condenarnos constantemente a nosotros mismos y a los demás, situándonos así, fuera, por encima o separados de los demás, de la

⁶ Flp. 2, 3.

⁷ RB 72,4-8.

⁸ 1 Cor 12, 26.

⁹ 1 Cor. 12, 12-22.

¹⁰ «No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores». Marcos 2, 17.

comunidad o incluso de la Orden. La polarización acecha constantemente cuando permanecemos atrapados en nuestra visión del mundo cerrada y autoimpuesta.

Lo que vemos hoy en día en todas partes, tanto en la sociedad como en la Iglesia, es que se ha convertido en algo normal culpar a los demás. Los políticos de derecha señalan a la izquierda como causa de los problemas, mientras que los políticos de izquierda hacen lo mismo con la derecha. Los políticos del centro culpan tanto a la izquierda como a la derecha. En el Sur, la gente señala al Norte, y en el Norte, la gente piensa que el Sur es incapaz de hacer nada. Siempre nos mantenemos al margen de la situación o del problema para no tener que asumir ninguna responsabilidad. El problema siempre es el otro. Esta mentalidad mundana también se ha infiltrado en la Iglesia, en la Orden y en nuestras comunidades, y lamentablemente se ha vuelto muy común.

El verdadero problema no es que haya pocas vocaciones en algunas partes del mundo, o que los hermanos y hermanas de ciertas comunidades no cumplan sus votos. El problema es que todos nosotros, sin excepción, nos hemos visto afectados por una mentalidad mundana en la que cosas como la realización personal, la libertad individual y la reivindicación de los derechos se han elevado al rango de ídolos. Solo se puede llegar a esta conclusión si se atreve uno a mirar con honestidad su propio corazón, su comunidad y la Orden, y se sitúa de nuevo en el centro de la Iglesia. El amor solo puede florecer allí, no al margen, ni fuera, ni por encima. Como escribió acertadamente Thomas Merton: *«El amor comienza por permitir que los que amamos sean ellos mismos, sin intentar convertirlos en versiones que se ajusten a nuestra propia imagen»*.¹¹

En todo el mundo veo cómo los hermanos y hermanas, pero también las comunidades y las Regiones, tienden cada vez más a centrarse en sí mismos, en su propio grupo o en su propia Región, cerrándose a los demás y encerrándose en sí mismos. Esto crea el riesgo de que los demás dejen de ser considerados importantes, sean presentados como inferiores o incluso como «no correctos en su doctrina». Noto que la libertad personal ha cobrado tal importancia que un valor monástico esencial como la obediencia se vive principalmente como una limitación, no solo para el individuo, sino también para la autonomía de una comunidad o incluso de una Región. Cada vez con mayor frecuencia veo a hermanos y hermanas, comunidades y Regiones reivindicando sus derechos, a menudo a expensas de los demás, y como si solo existieran derechos y no deberes.

Quizás la mayor amenaza sea que nos estamos volviendo indiferentes los unos hacia los otros y hacia el corazón del Evangelio: dar la vida por amor. Es una mentalidad mundana que poco a poco se ha ido arraigando en nuestros corazones, en nuestras comunidades, en nuestras Regiones y en nuestra

¹¹ Thomas Merton, Ningún hombre es una isla, Harcourt Brace, Nueva York, 1955. p. 149.

Orden. Por supuesto, la libertad individual, el desarrollo personal y los derechos son cosas buenas en sí mismas, pero si los convertimos en valores absolutos y los idolatramos, estamos haciendo exactamente lo mismo que el mundo y dejamos de distinguirnos como cristianos, como monjes y monjas. Lo mismo ocurre con cosas como el poder, el dinero y la sexualidad. Precisamente al pronunciar nuestros votos queremos hacer oír una voz diferente, marcar la diferencia basándonos en el Evangelio y en el ejemplo de Jesús. Pero si convertimos estas cosas buenas en ídolos, la «sal» pierde su poder¹² y, como comunidad, no valemos nada.

El papa León XIV se dirigió recientemente a un millón de jóvenes reunidos en Roma: *«Nosotros también, queridos amigos, estamos hechos así, estamos hechos para esto. No estamos hechos para una vida en la que todo se da por sentado y es estático, sino para una existencia que se renueva constantemente a través del don de sí mismo en el amor»*. Y añadió: *« por eso aspiramos continuamente a un “más” que ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. »*¹³

¿Experimentamos realmente este deseo de «más»? ¿Encuentran los jóvenes de hoy, que tienen hambre y sed de este «más», un lugar en nuestras comunidades? Sí, ¡la Orden está realmente enferma! Y sí, la Orden está verdaderamente en crisis, porque tú y yo estamos enfermos, porque tú y yo, nosotros mismos, estamos en crisis, porque todos estamos influenciados por el espíritu mundano.

E incluso si, Dios no lo quiera, pensara que no estoy afectado por esta mentalidad mundana, seguiría estando enfermo o en crisis, porque formo parte del todo: estoy enfermo junto con la Iglesia, en crisis junto con la Orden.

El remedio

Durante mis visitas a diversas comunidades, me sorprende una y otra vez que, a pesar de la enfermedad y la crisis, hay mucho bien y que hay hermanos, hermanas y comunidades en toda nuestra Orden que son verdaderas fuentes de Esperanza. Demuestran que realmente existe un remedio para el espíritu mundano de encerrarse en el propio mundo y la polarización: trabajar juntos. Pero ¿qué significa «trabajar juntos»?

Trabajar juntos está intrínsecamente ligado al carisma cisterciense. La *Carta Caritatis* sentó las bases para la cooperación entre las diferentes comunidades, porque nuestros predecesores sabían por experiencia propia que la tendencia a dominar y las relaciones de poder entre el maestro y el discípulo se arraigan más rápidamente que la llamada evangélica al servicio amoroso mutuo. En lugar de un modelo jerárquico o monárquico, los

¹² Mateo 5, 13.

¹³ Papa León XIV, Homilía del 3 de agosto de 2025.

cistercienses eligieron conscientemente la cooperación, en la que el Amor es el punto de partida para el cambio y la renovación.¹⁴ Solo a través del Amor, visible en la cooperación concreta, el monje/monja, la comunidad y la Orden pueden reformarse y renovarse continuamente.

El Capítulo General recurrió repetidamente a la cooperación como medio para promover la renovación y el cambio dentro de la Orden. Pensemos en estructuras como la filiación/paternidad, el Padre Inmediato y las Visitas Regulares. Más tarde, se fomentó también la cooperación reconociendo a las Congregaciones en cooperación con el Capítulo General, especialmente en tiempos de crisis, para que hubiera espacio para la renovación en situaciones específicas. El Capítulo General demostró una gran sabiduría al aplicar siempre la medicina de la cooperación de manera adaptada, de modo que no se formaran grupos cerrados que crearan un «nosotros» en oposición a los demás.

Una y otra vez, el Capítulo General supo responder a las necesidades locales adaptando constantemente su enfoque de la cooperación. Durante el siglo XIX, esta actitud abierta desapareció gradualmente debido al deseo de uniformidad. En muchos casos, esta uniformidad tuvo un efecto asfixiante. Afortunadamente, en 1969 se restableció una sana unidad en la diversidad con el Estatuto para la Unidad y el Pluralismo. No obstante, sigue siendo tarea de todos nosotros interiorizar más profundamente el espíritu de ese Estatuto. Es precisamente aquí donde la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco puede ayudarnos. *Cuánto necesita aprender nuestra familia humana a vivir juntos en armonía y paz sin necesidad de que tengamos que ser todos igualitos.*¹⁵

Trabajar juntos en el Cuerpo de Cristo

Trabajar juntos no es solo una actividad, sino, ante todo, ocupar el lugar que nos corresponde como miembros bautizados del Cuerpo de Cristo, al que pertenecemos nosotros mismos, nuestra comunidad, nuestra Región y la Orden, con espíritu de responsabilidad y libertad.

Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: *«El bautismo nos hace miembros del Cuerpo de Cristo: “El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. “Por tanto [...] somos miembros los unos de los otros” (Ef 4,25). El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos:*

¹⁴ Cf. Monika Dihmsmaier, Entscheidungsfindung und die versionen der Carta Caritatis, en: E. Delaissé, La Charte de charité 1119-2019. Un document pour préserver l'unité entre les communautés. Paris, 2020, pp. 69-109.

¹⁵ Papa Francisco, Fratelli Tutti, 100.

"Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo" (1 Co 12,13).¹⁶

A través del bautismo, nos convertimos en participantes de la cooperación amorosa del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Jesús dice en Juan 14,10: *«El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras.»* Y más adelante: *«Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre.»* (Juan 14, 11-12).

La cooperación nos lleva al corazón de la Trinidad y a su *«caridad incomprendible»*, una generosidad que quiere amar y ser amada infinitamente, compartir todo y recibir todo.¹⁷ Como cisterciense, es inevitable llegar al Tratado XV de Balduino de Ford (1125-1190) sobre la vida cenobítica. Para él, *«compartir es la base de la vida común»*, tanto por naturaleza, en el pecado y en la gracia, como en la gloria.¹⁸ Este texto cisterciense nos proporciona un remedio contra el espíritu mundano de polarización causado por la idolatría del desarrollo personal, la libertad individual y la búsqueda exclusiva de los derechos.

Balduino habla del *«amor por compartir y el compartir el amor»*.¹⁹ Aunque esto suene poético y su referencia a la Trinidad, a los coros angelicales, a los apóstoles y a la primera comunidad cristiana pueda parecer idealista, en una comunidad cenobítica se trata precisamente de compartir amor y el compartir del amor, precisamente en la vida cotidiana, en las pequeñas cosas.

Lo que me llama especialmente la atención en el texto de Balduino es su explicación teológica del compartir la gracia. Toda persona bautizada, por lo tanto, todo monje o monja, toda comunidad y toda la Orden, ha recibido la gracia no para guardarla para sí misma, sino para compartirla. En lugar de querer quedarnos todo para nosotros, dominar o criticar, esta visión nos invita a ver lo bueno en los demás y a descubrir cuál puede ser su contribución a mi vida, y viceversa. Esa contribución no es mérito nuestro, sino pura gracia. Es un intercambio al servicio del Cuerpo: la comunidad, la Iglesia.

Balduino escribe: *«Si prestas atención, verás cómo las cualidades que pertenecen a cada miembro individualmente sirven al bien común. El ojo no mira solo para sí mismo, sino que guía nuestros pies en sus pasos y nuestras manos en su trabajo. La boca no come solo para sí misma, ni el estómago digiere solo para sí mismo, sino que realizan un trabajo conjunto; y lo que todo el Cuerpo necesita para alimentarse, para satisfacer sus necesidades y ayudarlo a crecer, es lo que la boca ingiere y el estómago digiere. Si alguna*

¹⁶ CCC 1267.

¹⁷ Cf. https://cistercian-mentors.webnode.es/materials/baldwin/?utm_source.

¹⁸ Baldwin of Ford, Spiritual Tractates, volume two, Cistercian Fathers Series, 41, Kalamazoo, 1986, p. 165.

¹⁹ Ibid., 159.

*parte del Cuerpo sufre, ¿no sufre con ella la lengua? Como si fuera ella misma herida, toma la voz de quien sufre y clama al que le infligió la herida: «¿Por qué me haces daño?».*²⁰

Y concluye: *«Queridos hermanos en Cristo, ¿adónde nos llevan estos ejemplos? ¿No es acaso a la paciencia mutua, a la humildad mutua, al amor mutuo? ¿No ha escrito Dios en nosotros una ley de amor que nos enseña sobre nosotros mismos? Si Aquel que nos dio la ley nos diera también su bendición, nos alimentara en la inocencia de nuestro corazón y nos guiara con mano experta por el camino de la paz (Sal 78, 72), entonces conservaríamos la unidad del espíritu en el vínculo de la paz y el amor a Dios en el amor al prójimo. Cuando amamos a Dios con una sola mente y un solo corazón, de acuerdo con la pureza de nuestra profesión, el amor de Dios se derrama sin duda en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, y el Espíritu de Dios nos da vida a todos como si fuéramos un solo Cuerpo, de modo que ninguno de nosotros vive para sí mismo, sino para Dios; y para que todos vivamos juntos en unidad de espíritu por medio del único Espíritu que habita en nosotros».*²¹

Este principio teológico, que está en el centro de la creencia en la *communio sanctorum*, también se encuentra en los documentos recientes de la Iglesia sobre la sinodalidad. El instrumentum laboris de la segunda sesión del Sínodo sobre la Sinodalidad se refiere al principio del *«intercambio de dones»*. El Sínodo sitúa este intercambio de gracia en el centro de la Iglesia sinodal: *«Caminar juntos como bautizados en la diversidad de los carismas, de las vocaciones y de los ministerios, así como en el intercambio de dones entre las Iglesias, es un signo sacramental importante para el mundo actual, que, por una parte, experimenta formas cada vez más intensas de interconexión y, por otra, está inmerso en una cultura mercantil que margina la gratuidad.»*²² »

Además, los autores del documento esperan que los dones se compartan concretamente en solidaridad entre las diferentes Iglesias, sin ningún deseo de dominación: *«Las Conferencias Episcopales desean que los bienes se compartan en un espíritu de solidaridad entre las Iglesias que constituyen la Iglesia católica, una y única, sin ningún afán de dominación ni pretensión de superioridad: la existencia de Iglesias ricas y de Iglesias que viven en condiciones de gran penuria es un escándalo. Por ello, se sugiere que se tomen disposiciones para promover los lazos mutuos y formar redes de apoyo también a nivel de las agrupaciones de Iglesias. Todas las Iglesias locales reciben y dan en la comunión de la única Iglesia. Hay Iglesias que necesitan el apoyo de recursos financieros y materiales; otras que se enriquecen con el testimonio de la fe viva y del servicio amoroso a los más pobres; otras necesitan, sobre todo, la ayuda de los evangelizadores que comparten su vida para comunicar el Evangelio a otros pueblos. En particular, se reconoce y*

²⁰ Ídem.

²¹ Ibid., p. 179.

²² «Instrumentum laboris» para la segunda sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (octubre de 2024), n. 42.

solicita la generosidad de presbíteros, diáconos, consagradas y consagrados, laicos y laicas comprometidos en la misión ad gentes.».²³

Esto subraya que el intercambio de dones no es un ideal abstracto, sino muy concreto, como subrayó San Juan Pablo II en *Ut unum sint*: «*El diálogo no es sólo un intercambio de ideas. Siempre es de todos modos un “intercambio de dones”*». ²⁴ »

Por lo tanto, la sinodalidad es más que democratizar la Iglesia o la Orden. La sinodalidad significa que, como cristianos, como comunidad, como Orden, nos tomamos en serio nuestro bautismo y, a pesar de nuestra vulnerabilidad (nuestros pecados), vemos la gracia y los dones que Dios nos ha dado y que, a su vez, nos damos unos a otros más allá de las fronteras de raza, género, cultura, etc. Solo así puede surgir la sinodalidad, y no de agendas políticas (eclesiásticas) o del populismo. Ahí radica precisamente el reto de la sinodalidad para nuestra Orden, y no tanto en cambiar las estructuras, ¡aunque eso también será necesario!

Conclusión

Hermanos y hermanas, como he dicho antes, la Orden está enferma, pero en esa vulnerabilidad veo muchas formas de colaboración dentro y entre las comunidades. Una colaboración que es un intercambio de gracia y dones, en medio de una realidad vulnerable y, por lo tanto, un signo de Esperanza. Es precisamente esta cooperación, arraigada en nuestro bautismo, la que constituye el signo de Esperanza que nosotros, como cistercienses, podemos dar en una visión del mundo cerrada y en una Iglesia y un mundo polarizados.

Al igual que el tratado de Balduino, esto parece elevado y poético. Sin embargo, es muy concreto. Entiendo muy bien la reacción de la hermana María Gonzalo de Crozet, que escribió tras una primera lectura del texto de Balduino: «*El texto es como intentar arreglar un grifo con una llave inglesa en una mano y un libro de poesía en la otra*». ²⁵ Pero con ella, veo cada vez más el valor y la utilidad de este concepto de compartir la gracia y la gracia de compartir como base de nuestra vida común, también a nivel de la Orden.

Requiere una conversión por nuestra parte. Una conversión del «yo» al «nosotros», o como escribe el padre Chukwuka John Ife, monje de Awhum, en su libro *Conversión Auténtica*: «*La conversión es una alteración radical de la vida de una persona, que pasa de centrarse en sí misma, en su ego, a centrarse en Dios, y de salir de sí misma para ponerse al servicio de los demás*». ²⁶ Sin esta conversión, no podemos ver estos signos de Esperanza.

²³ Ibid., nn. 44-45.

²⁴ San Juan Pablo II, *Ut unum sint*, 28.

²⁵ <https://cistercian-mentors.webnode.es/materials/baldwin/>

²⁶ Ife, Chukwuka John oco, *Authentic conversion*, pp. 55-56.

Veo ese signo de Esperanza donde las comunidades trabajan juntas en la formación, donde las hermanas ayudan a los hermanos en la formación. Lo veo, por ejemplo, en Tre Fontane y Aque Salvie, donde hermanos y hermanas dan juntos testimonio de la vida cisterciense en el corazón de la Ciudad Eterna. Veo Esperanza en Irlanda, donde tres comunidades se han unido en una sola. Veo Esperanza en el Oeste de Francia, donde las comunidades están tratando de dar forma a sus economías juntas. Veo Esperanza en Mokoto, donde, a pesar de la violencia, se abren las puertas a miles de refugiados y la cooperación hace de la hospitalidad monástica un signo de Esperanza. Veo ese signo de Esperanza en nuestros monasterios de Siria, Israel o cualquier otro lugar en medio de la violencia. Veo signos de Esperanza donde superiores de diferentes culturas ayudan a comunidades en dificultad. Veo Esperanza porque más comunidades están abiertas a una composición multicultural. En Estados Unidos, Japón y España también veo tímidos intentos de cooperación entre comunidades. Si miramos con atención y, sobre todo, nos atrevemos a mirar, veremos signos de Esperanza por todas partes.

Podemos concretar esto aún más prestando atención a este intercambio de dones durante el Capítulo General al estudiar los Informes de Casas. Mirando más allá de nuestros propios intereses en los nombramientos, las elecciones, etc. Mirando primero a nosotros mismos y luego a los demás en situaciones difíciles y ayudándonos mutuamente en lugar de condenarnos o evitarnos. Siendo conscientes de las diferencias saludables. Siendo verdaderamente abiertos y comprometidos con el intercambio de dones entre los diferentes mundos y culturas que componen la Orden y este Capítulo General. Que este Capítulo General nos ayude a compartir con Amor y a amar el compartir, para que sea un ejercicio de Caridad y un crecimiento en nuestra conversión permanente para ver los signos de Esperanza que Dios nos da hoy en medio de nuestra vulnerabilidad.

¿Está enferma la Orden? Sí, y debe seguir estándolo, porque solo así nos damos cuenta de que nos necesitamos unos a otros, que necesitamos los dones y las gracias de los demás para vivir. San Bernardo nos llama a seguir siendo peregrinos de la Esperanza bajo la sombra del Altísimo.²⁷ Esa peregrinación es a veces difícil, pero todo peregrino sabe que necesita a sus compañeros de viaje para mantener viva la llama de la Esperanza. Por eso, trabajemos juntos, de manera muy concreta en nuestras comunidades, entre nuestras comunidades y especialmente aquí, en el Capítulo General. Que nadie diga: «Yo no importo» o «tú no importas». Todos tienen un don, una gracia, para la edificación del conjunto. ¡Descubran ese don! ¡Descubran esa gracia!

Asís, memoria de San Gregorio Magno, 3 de septiembre de 2025.

²⁷ Cf. Bernardo de Claraval, Sermones sobre el Salmo 90 (91).

Hno. Bernardus Peeters ocso
Abad General